

TRADUCCIONES
CUENTOS ANTIGUOS DE
JAPÓN

YANAGUITA KUNIO

Traducción del japonés:
Virginia Meza H. y
Yoneda Jiromi

Introducción

Acerca del recopilador

YANAGUITA KUNIO (1875-1962) ES EL fundador de los estudios folclóricos japoneses. A lo largo de toda su vida realizó numerosas investigaciones sobre las costumbres populares. Su trabajo abarca diversos campos, tales como leyendas, coplas populares, y cuentos y tradiciones. También llevó a cabo estudios lingüísticos, en especial sobre los dialectos japoneses.

Como funcionario del Ministerio de Agricultura y Comercio viajó por el interior de Japón, lo que le permitió conocer de primera mano las tradiciones orales que se han preservado durante cientos de años en los confines más remotos del archipiélago.

Uno de los principales méritos de Yanaguita es el de haber rescatado, reunido sistemáticamente y dado a conocer las creencias folclóricas, las fiestas y celebraciones anuales que tanto significado tienen para el pueblo. En la obra de Yanaguita se observa un afán por volver a lo puramente popular. Sin embargo, su obra no es sólo la transcripción escrita de una narración sino que, como escritor, utiliza un estilo que posee toda la belleza de la prosa poética.

En el contenido de sus relatos hallamos mucho de la peculiar y fértil imaginación del pueblo japonés referida a hechos relacionados con el mundo natural o a costumbres antiguas que aún se conservan vivas en su seno.

Sobre la traducción

En 1930, bajo el título de *Colección de cuentos antiguos de Japón*, Yanagita Kunio publicó por primera vez una recopilación de cuentos. En 1960 apareció una selección de esos cuentos de la que se excluyeron algunos que no entraban propiamente en esa categoría y se incluyeron otros que no aparecían en la obra original por haber sido recolectados después de 1930. Los 106 cuentos de que consta esa edición abarcan toda la geografía japonesa. En cuanto a su contenido, incluye sólo cuentos apropiados para niños de entre diez y quince años.

Las traducciones que aquí se presentan, junto con otras, fueron realizadas gracias al entusiasmo del señor Jiromi Yoneda, traductor de la Embajada de México en Japón, quien me invitó a colaborar con él en esta empresa.

Aunque el producto de este trabajo no es del todo mío, quisiera contribuir con él a rendir un póstumo y sincero reconocimiento a Oscar Montes, quien tanto se interesó por la literatura japonesa.

VIRGINIA MEZA
UNAM

El dios de la montaña y el niño

ÉRASE UNA VEZ UNA MADRE y su pequeño hijo. La madre se ganaba la vida modestamente, recogiendo leña todos los días en la montaña. Cuando el hijo llegó a los once o doce años de edad, le dijo a su madre: "Hasta la fecha te he venido causando muchas molestias. A partir de hoy yo iré a trabajar en tu lugar y tú te quedarás en casa".

Desde entonces, el hijo fue a la montaña todos los días. Cada mañana la madre preparaba con alegría un portaviandas para su hijo. Un día, el muchacho colgó, como siempre, el portaviandas en un árbol, y mientras cortaba las ramas secas, llegó un anciano de pelo blanco quien, tomando el portaviandas y sin quitar la vista del niño que se encontraba encaramado en el árbol, empezó a comer.

El niño bajó del árbol con muchas ramas secas y, dirigiéndose al anciano, le dijo: "Señor, la comida que preparó mi mamá es muy sabrosa, ¿verdad?". El anciano respondió: "¡Gracias! La vejez le da a uno hambre".

Cuando el niño regresó a casa, le contó inmediatamente lo sucedido a su madre, quien le dijo: "¡Hiciste una buena acción! Mañana prepararé dos raciones, para que tú puedas comer una".

A la mañana siguiente, la madre hizo que el chico llevara dos portaviandas. El niño se dirigió a la montaña y mientras estaba trabajando, apareció otra vez el anciano del día anterior, quien comió la porción que le correspondía. Al bajarse del árbol el niño dijo: "¡Señor, hoy mi mamá preparó dos viandas. Si aún no está satisfecho, le daré la otra". Entonces el anciano se comió la otra ración.

Al tercer día, el chico llevó solamente la ración que corres-

pondía al anciano, ya que debía regresar a casa pronto pues la madre tenía que salir. Cuando el niño estaba por subirse al árbol, apareció el anciano, que habló así: "¡Espera un momento! Hay algo que quiero que sepas. En verdad, yo soy un dios. Escucha bien lo que voy a decirte y haz lo que te indique: Ve enseguida a un templo espléndido que existe en un lugar llamado Tendyiku.* Cuando partas, alguien habrá de pedirte un favor y sería bueno que accedieras". Dicho esto, el anciano se convirtió en un enorme roble.

El chico relató la historia a su madre quien, con alegría, le permitió que partiera, aunque no había nada para que llevara en el camino. Por lo tanto, el niño se dirigió a la casa de un millonario que vivía en las cercanías para pedirle arroz y pasta de soya fermentada. Cuando el millonario preguntó para qué los quería, el chico contestó que para llegar hasta un templo en el país llamado Tendyiku. Entonces el millonario le dijo: "¡Feliz de ti!" Y continuó: "Quisiera pedirte un favor. Mi hija está enferma desde hace tres años y como no se cura no puedo hacer nada. Desearía que rezaras por ella, para que recobre la salud". El niño contestó: "Sí señor, así lo haré". Después de recibir el arroz y la soya fermentada salió camino a Tendyiku.

Al caer la noche, llegó a una residencia majestuosa donde pidió permiso para pernoctar. Cuando el señor de la casa le preguntó a dónde iba, el niño contestó que estaba en camino a Tendyiku y le explicó las razones. El señor le dijo: "¡Qué bueno! La verdad es que esta casa ha estado dedicándose al cultivo y venta de la flor de *sandan*, pero recientemente se secaron dos árboles, el más viejo y su primer retoño, y ahora no sé qué hacer. Sólo el que le sigue da flores. Por favor, si vas a un templo en Tendyiku pide para que vuelvan a florecer mis dos árboles". El niño nuevamente aceptó hacerlo.

A la mañana siguiente le prepararon algo para que comiera en el viaje y, en el momento de salir, el dueño de casa le advirtió que en el camino se encontraría con un gran río que no tenía puente. "¡Ay, qué problema!" El chico estaba confuso, sin saber qué hacer. En ese momento, vio que en la orilla opuesta

* Nombre que tanto en China como en Japón se le daba antiguamente a la India.

caminaba una mujer espantosa, con la cara tan hinchada que no se le podían distinguir con precisión los ojos ni la nariz. El chico se dirigió a ella en voz alta: "¡Oiga!, ¿cómo puedo cruzar este río?". La mujer, de manera extraña y con rapidez cruzó el río, llegó a la orilla donde se encontraba el niño y le preguntó por el lugar adonde se dirigía. Después de escuchar la historia, la mujer habló así: "Yo he vivido mil años en la tierra, mil años en el mar y mil años en el río. La verdad es que no soy un ser humano. Quisiera volver al cielo, pero no sé de qué manera hacerlo. Como ves, tengo los ojos y la nariz ocultos por la hinchazón y camino sin rumbo por esta tierra. ¿No me harías el favor de preguntar a los dioses de Tendyiku qué debo hacer para regresar al cielo?"

Tan pronto como el chico le prometió hacer lo que le pedía, la mujer lo cargó sobre su cabeza y en un instante llegó a la orilla opuesta, cruzando el río con ligereza. El niño, lleno de regocijo, observó a lo lejos un magnífico templo. Cuando llegó a él encontró al anciano que poco tiempo atrás había visto en la montaña, quien le preguntó: "¿Cuántos días tardaste en llegar aquí?" El niño respondió: "Sólo una noche". El anciano volvió a preguntarle: "¿No te pidieron nada en el camino?". El niño le habló en primer lugar de la hija del millonario. El anciano dijo entonces: "¡Ah, si se trata de eso, el millonario deberá reunir a todos los empleados de su casa y a los hombres de los alrededores, y hacer que su hija les dé de beber. Si decide entregar toda su riqueza al hombre a quien ella ofrezca la copa, su hija se aliviará inmediatamente".

Cuando el niño le habló de la flor de *sandan*, el anciano le explicó lo siguiente: "Antiguamente, los antepasados de esa familia enterraron una olla de oro al pie de cada uno de esos árboles, pero los descendientes no lo saben. Por eso, hice que se secaran las flores para poder desenterrar las ollas. Cuando las saquen, tú quédate con una de ellas y la otra será para esa familia. Entonces, los árboles volverán a brotar".

"¿No te pidieron nada más?", preguntó el anciano. Cuando el niño se refirió a la mujer fea, el anciano le dijo: "Cuando la veas, dile que si regala a una persona una de las bolas del Nindyó, que ha guardado tan codiciosamente, podrá subir al cielo en cualquier momento". Y luego preguntó: "¿Eso es todo

lo que te pidieron?" El niño respondió afirmativamente y entonces el anciano se convirtió otra vez en un gran roble.

El niño emprendió el camino de regreso y cuando llegó al río, la mujer fea, que lo estaba esperando, le preguntó por la respuesta de los dioses. El niño dijo: "Primero ayúdame a cruzar el río y luego te contestaré". La mujer, como la vez anterior, colocó al chico sobre su cabeza y cruzó el río rápidamente. Ya del otro lado, el niño habló así: "Tú tienes dos bolas, ¿verdad? En vez de guardarlas con tanta avaricia, dame una. Si lo haces, podrás subir al cielo en cualquier momento". En el momento en que la mujer le entregó una de las bolas, a lo lejos se oyó un fuerte y espantoso ruido, y el lugar se cubrió instantáneamente de neblina. Lleno de pavor, el niño salió a la carrera. Finalmente, cuando ya estaba lejos, miró hacia atrás y vio que la niebla se había despejado, mientras una columna de agua subía hacia el cielo. Sobre la parte superior del chorro iba la mujer.

El niño guardó en el pecho la bola que la había dado la mujer y se dirigió a la casa de las flores de *sandan*. Al llegar, contó lo que había escuchado en Tedyiku al dueño y éste, inmediatamente, comenzó a cavar al pie de los árboles. Entonces aparecieron dos ollas de oro. No bien entregó una de ellas al niño los árboles secos empezaron a brotar. El chico, muy contento con la olla de oro, se puso en marcha hacia su casa, y una vez allí visitó al vecino millonario.

El niño refirió lo que le había dicho el anciano al millonario y éste reunió en su casa a todos los hombres, tanto empleados como vecinos, e hizo que su hija les sirviera una bebida, pero ella no mostró ningún entusiasmo. El millonario se dirigió al niño que acababa de regresar de Tedyiku: "Tú también eres hombre. Por favor, acepta la copa", le dijo. Cuando el muchacho se paró frente a la joven, ésta tomó con presteza una copa y se la ofreció. Viendo que él no aceptaba la copa, el millonario le suplicó: "Éste es el deseo de los dioses. Por favor, acéptala". Finalmente la recibió. Entonces la hija recobró la salud al instante y, poniéndose de pie, empezó a bailar.

Pasado el tiempo, el muchacho fue a vivir a la casa del

millonario con su madre, se casó con la joven y todos vivieron felices para siempre.

OKINOERABU-DYIMA, OOSHIMA-GUN,
Prefectura de Kagoshima, Iwakura Ichiroo,
Colección de cuentos antiguos de Okinoerabu.

El gorrión y el pájaro carpintero

SE DICE QUE HACE MUCHO, mucho tiempo, el gorrión y el pájaro carpintero eran hermanos. Cuando recibieron el aviso de que su padre estaba enfermo y agonizante, el gorrión, que justamente en ese momento se estaba pintando los dientes de negro, voló enseguida para atenderlo. A esto se debe que aún ahora tenga las mejillas manchadas y que sólo la parte superior de su pico sea blanca. El pájaro carpintero, por su parte, salió después de pintarse el pico, empolvase las mejillas y arreglarse con calma, por eso no pudo llegar antes de que su padre muriera.

Por esta razón, el gorrión, aunque no tiene una figura tan bella, siempre vive donde vive el hombre y come cuanto necesita de los cereales que come el hombre; pero el pájaro carpintero, aunque tiene una apariencia bella, desde muy temprano por la mañana tiene que recorrer de prisa el bosque, picoteando la corteza de los árboles. Se dice que apenas si come tres insectos al día y pasa las noches en algún hueco de los árboles, llorando porque le duele el pico.

KOADZA SUEJIROO, YONEDA, MATSUSHIMA-MURA, KITA TSUGARU-GUN, Prefectura de Aomori, Uchida Kunijiko, *Colección de leyendas de Tsugaru.*

¿Por qué la cola del mono es tan corta?

SE DICE QUE EN TIEMPOS remotos la cola del mono medía alrededor de cincuenta metros. La cola se le acortó cuando fue engañado por un oso. La historia es la siguiente:

Un día, el mono se dirigió al oso para preguntarle qué podía hacer para pescar muchos peces en el río. El oso le contestó: "En una noche tan fría como la de hoy, siéntate sobre una roca cerca de un remanso de agua profunda, mete la cola en el agua y verás que con toda seguridad muchos pececillos vendrán y se prenderán a ella".

Lleno de regocijo, el mono hizo lo que le había aconsejado el oso y notó que conforme iba anocheciendo, la cola se le iba poniendo cada vez más pesada. En realidad era que se le estaba congelando, pero él creía que era por los pececillos que se le habían prendido. De pronto pensó: "Bueno, ya es suficiente con éstos. Me voy, pues siento mucho frío en la cola". Pero cuando quiso sacarla del agua, no pudo, a pesar de sus empeños. De pronto, al dar un jalón con todas sus fuerzas, la cola se le arrancó de raíz.

Algunos dicen que el mono tiene la cara tan roja por el esfuerzo que hizo cuando se le arrancó la cola.

MATSUE, Prefectura de Shimane, Takagui
Toshio, *Colección de leyendas de Japón*.

Los tres amuletos

EN TIEMPOS ANTIGUOS, UN JOVEN bonzo de un templo fue mandado a recoger hojas de cedro. Se dirigió al monte y cuando estaba recogiendo las hojas, apareció una mujer quien le preguntó qué hacía. Él le explico y la mujer se ofreció a ayudarlo. Como ya empezaba a anochecer, el bonzo se preparó para regresar al templo y entonces la mujer le dijo: "Yo soy tu tía; en una próxima ocasión ven a mi casa y te prepararé alguna comida sabrosa".

Al regresar al templo, el bonzo contó al monje superior lo que le había pasado, pero éste, previniéndolo, le dijo: "No, tú no tienes ninguna tía. Tiene que ser alguna bruja de la montaña, por eso no debes ir a su casa". Sin embargo, el muchacho insistió en que de todos modos quería ir, por lo que el superior no tuvo más remedio que decirle: "En caso de que te ocurra

algún contratiempo, recurre a estos amuletos. Y sacando de su ropa los preciosos objetos, se los entregó. Así, el joven bonzo fue a visitar a su tía en la montaña, y al llegar, ella le ordenó que durmiera hasta que estuviese lista la comida. Poco después, el bonzo furtivamente vio que en el fogón había una olla de agua hirviendo, y junto a él, la tía, convertida en una horrible bruja de la montaña, que afilaba un cuchillo. Recordando las palabras del monje, el muchacho lamentó no haber seguido sus consejos. Sin embargo, ya no podía hacer nada. Pensando en la forma de escaparse, habló así: "Tía, tía, déjame ir al baño". La bruja de la montaña refunfuñó, pero al final le dio permiso, aunque antes ató una cuerda a la cintura del muchacho. Ya dentro del baño y mientras pensaba en la forma de escaparse, la vieja le preguntó: "¿Muchacho, muchacho, todavía no terminas?".

En el momento en que contestaba: "Todavía no", se le ocurrió una buena idea. Soltó cuidadosamente la cuerda de su cintura, la ató a una columna del baño y dejó uno de los amuletos que le había dado el monje para que hablara en su lugar.

De esta forma logró escaparse. La vieja, ignorante de lo que había sucedido preguntó: "Muchacho, muchacho, ¿acabaste ya?". El amuleto en el baño contestó: "Todavía no". Un rato después, al formular otra vez la pregunta, el amuleto contestó de la misma forma, por lo que la bruja, no pudiendo aguantar más, dijo: "¿Hasta cuando vas a estar en el baño?", y jaló la cuerda. Entonces la columna del baño empezó a inclinarse y a crujir. Al notar que el muchacho no estaba allí, se puso furiosa, al tiempo que decía: "¡Se me ha escapado!", y fue tras él a toda velocidad.

Al ver que la bruja de la montaña se aproximaba, el bonzo sacó del pecho otro de los amuletos y lo arrojó hacia atrás, diciendo: "¡Que aparezca un río grande!" Mientras la bruja cruzaba el río que en ese momento había surgido, el joven seguía huyendo rápidamente. Sin embargo, al poco rato, estuvo a punto de ser alcanzado de nuevo, por lo que sacó el último amuleto y lo arrojó hacia atrás, diciendo: "¡Que aparezca una montaña grande!".

Así, mientras la bruja cruzaba la montaña, el bonzo consiguió llegar al templo. Golpeando la puerta con fuerza, gritó:

"¡Señoría, señoría, por favor, ábrame la puerta enseguida!" El monje contestó mientras se levantaba con lentitud: "Espera, espera. Deja ponerme el gorro". Fuera, el joven gritaba: "¡Rápido, rápido!" Y el monje respondía: "Espera, espera. Deja ponerme el calzado". El joven seguía gritando con nerviosismo: "¡Rápido, rápido!" Y el monje decía: "Déjame encontrar mi bastón". Finalmente, le abrió la puerta. El bonzo entró raudamente y rogó al sacerdote que lo ocultara pronto. Éste lo escondió en la caja de los sutras budistas, justo en el momento en que la bruja de la montaña llegaba y comenzó a buscarlo por todo el templo. Por fin descubrió al joven oculto en la caja de los sutras. Sin embargo, se sentía muy molesta por no poder tocar la caja con las manos ni con los pies, pues sabía que si lo hacía éstos se pudrirían. Entonces el monje le propuso que se convirtiera en alguna cosa y le dijo: "Yo me transformaré en requesón de soya; tú transfórmate en masa fermentada de frijol". La bruja, con entusiasmo, siguió su consejo, y él se la tragó de un bocado. Pero en cuanto se la hubo comido la bruja empezó a alborotarse dentro del estómago del monje, que no aguantaba el dolor, por lo que le ordenó al joven que le trajera unos frijoles de soya de esos que se usan para ahuyentar a los malos espíritus. Después de comérselos, la bruja salió expulsada del estómago del monje a través de una flatulencia.

Dicen que la bruja huyó a la montaña gruñendo: "No hay cosa más terrible que el estómago del hombre".

MIYAGAWA-MURA, KADZUNO-GUN,
Prefectura de Akita, *Investigación sobre
cuentos antiguos.*